

# Carta del director

Ignacio Restrepo Abondano

Los últimos meses del año pasado y, de alguna manera, los primeros de este 2019, han constituido un serio trauma para la educación pública en Colombia: paro de rectores universitarios, de profesoras de educación secundaria y superior, de estudiantes de la una y la otra; en gran parte por propia voluntad, en parte forzado por las circunstancias.

Hoy se encuentran las universidades oficiales en semestres artificiales para llenar una formalidad, sin tiempo para la reflexión profunda que exige una verdadera formación universitaria.

De cierto que el aspecto financiero de las universidades, y aún de la educación secundaria, nunca ha sido ni será suficiente para llegar a una plena satisfacción: algo siempre quedará faltando. Y es mucho lo que falta en Colombia, porque a lo largo de los años, los Ministros de Educación y de Hacienda, y aún los mismos Presidentes de la República, prometen para conseguir votos e incumplen una y otra vez por las urgencias siempre presentes del presupuesto nacional.

Pero cuando los perfiles izquierdistas de la política se unen a las penurias financieras, los daños para la educación son aún más perjudiciales. Se quiere hacer al gobierno actual el culpable de promesas e incumplimientos político-financieros de todo orden. Esto por la indiscutible urdimbre izquierdista del país que, en las elecciones presidenciales, quedó muy bien delineado: ocho millones de votos en contra del actual gobierno; ocho millones de votos interesados en trabar la administración en curso; ocho millones de votos que orquestan a diario una oposición grosera, subjetiva y malintencionada cuya difusión se encuentra en los medios de comunicación social, en las revistas y en la radio y la prensa, con contadísimas excepciones.

La buena voluntad del gobierno se evidenció cuando se reunió con todos los rectores de las universidades públicas y, en armonía con ellos, encontraron los mecanismos financieros que supusieron su conformidad.

Pero ese no satisfizo a los profesores y universitarios izquierdistas que deseaban crear un caos educativo-financiero, de tal manera que las tareas universitarias quedaran a la deriva, además del caos creado en el transporte y en el comercio, que fueron vandalizados con pérdidas incalculables para Bogotá y para otras ciudades.

No nos podemos alargar en otros aspectos quizá, más importantes que el presente. Quede, por lo pronto claro que el cocktail izquierdista de finanzas y educación no le trae al país sino mayores problemas en la capacitación del recurso humano indispensable para el armónico desarrollo de Colombia.